

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo I	
Una noticia inesperada	13
Capítulo II	
Catarsis interior	27
Capítulo III	
Tratando de aceptar lo inaceptable	41
Capítulo IV	
Descubriendo el poco amor que uno siente por sí mismo	51
Capítulo V	
Rehaciendo el puzzle de la vida	65
Capítulo VI	
Aprendiendo a amar	85
Capítulo VII	
Los médicos y el miedo a la muerte y a la vida	97
Capítulo VIII	
El cuidador desfallece	111
Capítulo IX	
Creando un espacio donde caben todas las posibilidades	131

PRÓLOGO

Aunque con una armazón perfectamente novelada que hace la narración más viva y amena, la historia que nos presenta con gran sagacidad narrativa la autora de esta obra es por completo real.

En ella se ponen de manifiesto los más variados sentimientos del ser humano, las más intensas y a veces contradictorias emociones del alma. Aunque la narración se centra en la grave enfermedad del protagonista y sus actitudes ante la misma, a través de ella se expone un apasionante mosaico de reacciones humanas. La historia, contada en primera persona por una mujer, resulta atractivamente intimista y nos da a conocer sus más profundas motivaciones vitales, sus vacilaciones e incertidumbres, sus temores y esperanzas, en una especie de llamativo «psicodrama», donde no faltan sus reflexiones personales sobre su vida y sus relaciones y donde el lector asiste, como integrado en la historia, a los diálogos, muy intensos, entre los protagonistas. La autora recurre a narrar la sucesión de hechos en diferentes planos, que van desde los más cotidianos a los más exploratorios de su propia alma y de sus proceder. La protagonista va consiguiendo conocerse y transformarse a través de la enfermedad de la persona querida, y aprendiendo a escuchar, confortar, acompañar y sacar fuerzas de flaqueza en la experiencia que, como una prueba a la par encadenante y liberatoria, le ha puesto la vida.

No solo tenemos así ocasión de conocer las reacciones del enfermo, sino de las que se provocan en quien con el enfermo tiene que tratar. Como yo mismo experimenté tras mi gravísima enfermedad referida en mi obra «En el Límite», también la protagonista real de esta historia real se percató de que nada es tan importante como la humildad y la compasión, así como saber asistir al enfermo, escucharlo desde los adentros y ejercitar la paciencia. Hay también a lo largo de tan conmovedor relato, pinceladas muy inspiradoras sobre el trabajo interior y la autorrealización, que enriquecen el contenido de la obra. No hay que olvidar que la autora de esta historia a veces hiper-realista, es una mujer poliédrica, que ella misma, además de ser fecunda escritora, es bióloga y experta en diversas técnicas de autode-

sarrollo. Al leer estas páginas, el lector también tendrá ocasión de sentirse y sondearse a sí mismo, con lo que el «psicodrama» trasciende las páginas impresas y se instala en el alma del que lee. La enfermedad puede presentarse en cualquier momento, es cuestión de tiempo, tanto la propia como la de seres queridos, pero hasta que el instante llegue y la amarga situación se presente, no sabemos en realidad cuáles serán nuestras actitudes y reacciones. Sin embargo, en este revelador relato, ya podemos comenzar con el aprendizaje. Es el aprendizaje de la vida, que algún día habrá de convertirse en el de la muerte.

Ramiro A. Calle

Me desperté por la noche de forma súbita con una intensa sensación de miedo y la imagen de un libro con las hojas en blanco, dispuestas para contener una historia que parecía a punto de emerger de no sabía dónde.

Te lo comenté angustiada, aunque con cierta emoción ante la posibilidad de recibir inspiración para embarcarme en una nueva aventura.

Nunca hubiera imaginado que solo dos días después, una inesperada noticia daría pie al relato de una aleccionadora experiencia que habríamos de protagonizar tú y yo. Un viaje a través del dolor, la incertidumbre y la esperanza.

CAPÍTULO I

UNA NOTICIA INESPERADA

Siempre nos ha gustado reflexionar acerca de la vida, pero en estos momentos en que a los médicos les ha dado por fantasear con tu muerte, nuestras disertaciones han pasado a ser una necesidad perentoria. Desde entonces, el único tema eres tú.

Te han diagnosticado un cáncer. Lo último que podíamos imaginarnos. A ti, que siempre has tenido fama de tener un carácter estupendo, vas al gimnasio más de tres veces por semana y compartes tu vida con una mujer obsesionada por el autoconocimiento y la comida sana.

«Detrás de toda circunstancia negativa hay una bendición encubierta», le habría comentado yo a cualquiera que estuviera pasando por una situación semejante. Solía hacer este tipo de declaraciones con mucha vehemencia.

También solía afirmar que el cáncer es una tentativa de muerte. Me toca sostener, por lo tanto, que tu intención tal vez sea abandonar este mundo –a pesar de estar al lado de una mujer tan evolucionada como yo– y lo que me corresponde a mí en estos momentos es ayudarte a encontrar la secreta bendición que se esconde tras ese aparente revés del destino.

—Esto no tiene buen aspecto —comentaba uno de los cinco médicos que nos atendieron en urgencias. Cuatro de ellos estaban de pie, detrás de una quinta persona, sentada, que parecía dirigir el asunto: una extraña mujer con el ojo derecho dibujado en la cuenca orbitaria; un ojo raro, con una gran pupila perfilada de manera infantil, como diseñada por un niño. Parecía una broma de mal gusto. «¿Por qué ha tenido que pasarle algo así a una mujer tan joven?», te preguntabas tú, según me comentaste más tarde. Era un ojo sin capacidad de mirar que permanecía fijo en ti, mientras el otro giraba hacia un lado, buscando que sus compañeros corroboraran lo que estaba diciendo.

—Lo siento... Le voy a dar una cita para el cirujano y ahora van a hacerle unas pruebas. Lo más seguro es que tengan que darle sesiones de quimioterapia y radioterapia, puede tratarse de varios meses...

La extrañeza ante aquel rostro incoherente se mezclaba con el miedo que todos ellos te estaban provocando con su seriedad y su forma de enumerar el *vía crucis* que te aguardaba. ¿Qué había querido decir con esa frase? «Lo siento». ¿Quería decir que tenías metástasis?, ¿que ibas a morir sin remedio? Me parecían demasiado jóvenes los cuatro del fondo, como para hacerse cargo de lo que significa que te estén dando a entender que puedas desaparecer de este mundo, hablando sin tener en cuenta que con sus palabras podían provocar que las siguientes horas se convirtieran en un infierno. Y la del centro, tan lejana, tan ausente, rellenando papeles que te iba entregando sin apenas mirarte.

—Voy a morir, ¿no es eso? —preguntaste antes de salir.

—Bueno, hay que esperar los resultados de las pruebas. Tiene usted que concertar una cita con el cirujano.

Los cinco nos miraron con cara de circunstancia.

Hacia un rato que ya no escuchabas. Yo recogí los papeles que habías dejado sobre la mesa y salimos casi sin despedirnos.

—¿Lo siguiente, qué es? —dijiste en la puerta del hospital, con la voz entrecortada.

—Acaban de decirnos que tienes que pedir cita con el cirujano —te respondí yo, con un dolor punzante en la boca del estómago.

—¡Quimioterapia! ¡Radioterapia! Como mi amigo Enrique. Él me contaba que tenía un cubo en la habitación para vomitar todo el tiempo.

Yo no pude decir nada. Solo te cogí de la mano y caminamos los dos hacia el coche, sin aire en los pulmones. «El aspecto psicológico de las enfermedades»: uno de mis temas preferidos en clase. Año tras año les explicaba a los alumnos que la energía negativa que se acumula en diferentes partes del cuerpo es la causante de los distintos tipos de tumores. Ellos, algo desconcertados al principio, acababan aceptando mis categóricas afirmaciones. Había llegado el momento de aplicarlas en mi propia vida.

Durante largas horas permaneces en silencio y con los ojos cerrados, tratando de asimilar el posible final. Yo camino de puntillas por la casa, con el estómago encogido. Podría haberme pasado las horas llorando sin descanso pero no merece la pena. Si no lloras tú, mis lágrimas no tienen sentido. Cuando decides comunicarte conmigo, hablas de mi futuro sin ti. Incluso comentas que tenemos un seguro de vida que cubriría parte de la hipoteca de la casa. Mi mente, de manera absurda, empieza a imaginar escenas de tu entierro. Con timidez —por miedo a que tu reacción sea de absoluto rechazo—, empiezo a hablarte de la posibilidad de ver todo esto como una oportunidad para modificar ciertos condicionamientos del pasado. Viendo que no replicas y pareces escucharme con atención, me animo a proponerte que comencemos juntos un trabajo de investigación acerca de las posibles causas de tu enfermedad.

La vida continua para los demás. Es una sensación extraña, teniendo en cuenta que tú y yo nos hemos apartado de la realidad. No puedo dejarte solo con tus emociones. Solo existen tu angustia y mis ensayos de compasión. Tu miedo, tu incertidumbre y mi imperiosa necesidad de hacer lo que sea para evitar que sufras. Tal vez porque mi parte egoísta quiere evitar que tu sufrimiento me produzca sufrimiento a mí. Tu posible desesperación y mi determinación de evitarla a toda costa. Solos tú y yo. El resto del universo parece haber desaparecido. Mis hijos permanecen distanciados de nuestro dolor, aunque sé, por su padre, que están muy preocupados.

Es curioso que nos ocurra esto cuando nuestra relación está a punto de naufragar, cuando habíamos decidido pasar el verano cada uno por su lado. Esta impredecible vida, en lugar de permitir que nos separemos, nos coloca uno pegado al otro las veinticuatro horas del día. Pienso en lo mucho que has sufrido durante los meses anteriores, en el trabajo, conmigo... Cuanto más reflexiono sobre cómo ha sido tu vida durante los últimos años, más lógico me parece todo lo que está ocurriendo.

Poco a poco, después de una semana de enclaustramiento voluntario, empezamos a percibir señales de vida desde el exterior: «Te llamé ayer a casa y no estabas. ¿Quedamos a comer esta semana?». «Hola, desde que comenzó julio no sé nada de ti. ¿Estás de vacaciones, no?».

Debería estar de vacaciones, pero no lo estoy. Vigilo tus gestos, tu entrecejo fruncido, tu mirada perdida, toda la tristeza que eres capaz de sentir puedo verla en tu cara. Te observo y tu semblante me produce frío. Hay un aura gris alrededor de tu cabeza, no sonríes y a mí tu falta de alegría me deja desorientada, me siento a tu lado y trato de contrarrestar tu pena para tener un asidero, un motivo para seguir adelante. El problema es que tú te has parado en seco y a mí me da la impresión de que yo no sabré caminar sola.

Hace tan solo diez días te acompañé a hacerte una colonoscopia. Llevabas algún tiempo con ciertas molestias.

—¿Tiene usted alergia a algo? —te preguntó muy seria la enfermera, antes de la prueba.

—Sí, a las colonoscopias —respondiste tú y ella soltó una carcajada. Yo también me reí en la salita de al lado cuando escuché tu respuesta.

Nos hicieron pasar a una pequeña habitación con una cama y un sillón para el acompañante. Una mujer, auxiliar de enfermería, te pidió que te pusieras la bata azul que te mostraba, indicándote que se abrochaba detrás, y también te indicó que te colocarás un ridículo gorrito verde y unas calzas del mismo color.

—¿No tendría la bata en verde, que me iría mejor con el gorro? —comentaste.

Y aquella mujer, que había entrado con aire circunspecto, se echó a reír, mirando hacia mí, divertida, bromeando ella también sobre la favorecedora indumentaria.

Me pediste que te hiciera unas fotos con el móvil. La pérdida de dignidad que conlleva vestir ese atuendo, la sobrellevaste mucho mejor riéndote de tu propio aspecto.

Tras la prueba regresaste medio adormilado.

—¡Eh, abre los ojos! —te repetía cada dos segundos. Tenía que mantenerte despierto, por indicación de la enfermera. Pronunciabas varias palabras y volvías a sumirte en el sueño—. ¡Abre los ojos! —insistía yo.

Y tú, aunque tenías intención de mantenerlos abiertos, los ibas cerrando a cámara lenta, poniendo una cara muy cómica. Estuvimos en esa tesitura unos quince minutos. Después entró el médico y modificó el rumbo de nuestra existencia con unas simples palabras:

—Es un pólipo muy grande, degenerado. No hemos podido eliminarlo durante la prueba. Ocupa prácticamente todo el diámetro del colon. —La palabra «degenerado» nos sonó horrible a los dos, a pesar de que tú aún no estabas del todo despierto—. Seguramente hay que operar —añadió aquel hombre al que no pudimos hacer ningún tipo de pregunta, tú por estar medio dormido, y yo por el susto que me entró en el cuerpo al presentir la gravedad de la situación.

Nos fuimos a casa desolados. Entramos los dos en internet a investigar acerca de todos los tipos posibles de pólipos: degenerados y no degenerados, grandes, pequeños, vellosos, localizados en el recto, en el colon sigmoideo, en el esfínter anal, malignizados, operables... Uno trata en estos casos de encuadrar su caso en el tipo más benigno, y es tal el empeño que se pone que se acaba encontrando la manera de leer solo lo que se quiere leer.

—Un pólipo es un pólipo. No suena tan mal.

—Suena a verruga, concreción, tumorcillo, poca cosa.

El lunes siguiente, ya se encargó tu médico de cabecera de poner las cosas en su sitio. Ya se ocupó de llamarlo por su verdadero nombre. Leyó el papel, levantó la mirada hacia ti con un gesto muy serio, volvió a mirar hacia el informe y exclamó:

—Es un cáncer —dijo con aparente tranquilidad, sin remover sus propias emociones; con esa serenidad ficticia que se consigue cuando no quieres involucrarte en la pena del otro—. Y por los resultados de la anatomía patológica, parece que está bastante avanzado —añadió sin levantar la vista del sobre que tenía en las manos.

Tú estabas expectante, con la humildad que provoca el hecho de tener que dejar el destino en manos de otro. Ella, con toda seguridad, no pudo evitar experimentar ese sentimiento de compasión que desarma por dentro y reprimió unas lágrimas que de ninguna manera se podía permitir en tu presencia. A ti, al concebir de forma repentina y tan cercana la posibilidad de la muerte, te tuvieron que tumbar en la camilla de la consulta, y yo empecé a sentir una sensación desgarrante: la que se produce cuando tienes que hacerte cargo del dolor del otro y situar el tuyo propio —aunque sea suficiente como para necesitar grandes dosis de consuelo— en un segundo plano.

Nos recomendaron que fuéramos a urgencias y allí las cosas se pusieron peor. Al llegar, cinco médicos —nunca entendimos para qué tantos—, que parecían recién salidos de la facultad, te hablaron de quimioterapia.

—Esto tiene muy mal aspecto. Vamos a darle cita para el cirujano —me dijeron en privado, tras hacerte una revisión y leer de nuevo el resultado de la anatomía patológica.

En ese momento se instaló un zumbido en mi oído izquierdo y los sonidos retumbaban en mi cabeza, hasta el punto que me resultaba difícil escuchar lo que iban diciendo los médicos.

Desde entonces han pasado diez días en los que no has consentido en decírselo ni siquiera a tu familia, pero empieza a enterarse la gente: «Pero si Diego es una persona estupenda. No es justo, no comprendo esta estúpida vida». «Acabo de enterarme, estoy hecho polvo, y no sé cómo actuar. ¿Sigo hablando con él como siempre, verdad? Total, todo va a ir bien, ya lo verás, un susto gordo y punto».

Y a continuación, la amarga espera:

—¿Sabes algo más?

—Nada nuevo, estamos esperando a que le vea el cirujano.

—Ah, ya me contarás. Yo, por supuesto, desde que me he enterado estoy malo, con los síntomas de rigor y todo eso...

—Normal, surgen tus propios miedos.

—Los mismos que los suyos, seguro. Bueno, cuídale mucho, sé que lo estás haciendo muy bien, y hagamos fuerza todos con la mente.

—Sí, eso es muy importante.

Mi problema en el oído izquierdo se había acuciado. Me dolía incluso, al tocarlo.

—Deberías llamar a Paula.

—Ni hablar, no quiero que sufra, no tiene sentido, no puede hacer nada por mí.

—Pero tiene derecho a saber lo que le pasa a su padre.

—Su madre se pondría nerviosa y a lo mejor le daba por llamar a mi familia. Ya se lo contaré a mi hija cuando haya pasado todo.

—Está bien. No estoy de acuerdo, pero respetaré tu decisión.

Llegamos a la consulta del cirujano unos días más tarde. Era una mujer. Y acabó de rematar la jugada. Habló de carcinoma y colostomía; te quedaste lívido tras la primera palabra y no entendiste la segunda. La auxiliar empezó a explicar el asunto, entrando en demasiados detalles para mi gusto, teniendo en cuenta el susto que tenías dentro del cuerpo. No parecía importar-le la impresión que nos causaba su desagradable discurso: «Te cortan el intestino, uno de los extremos se aboca hacia el exterior, creando un ano artificial, en el que se colocará una bolsa; este procedimiento podrá ser definitivo o reversible...». La cirujana añadió: «Todo depende de que las dos piezas del colon consigan pegarse de nuevo. Esto suele depender del estado de salud del paciente». No me gustó lo de «pegarse», no me pareció un lenguaje médico. En esos momentos uno necesita saber que está hablando con alguien absolutamente profesional.

Los músculos de tu cara ya no realizaban movimiento alguno. Solo volían a confirmarte que ibas a morir y además el tiempo que te quedaba de

vida ibas a llevar una bolsa con materia fecal, en el abdomen. «Si a los cinco años no se ha reproducido...», continuaban aquellas dos.

«Ah, claro, están hablando de la famosa metástasis. Ya he oído hablar de todo esto antes. Pareces curado pero las malditas células están viajando a otros órganos y cuando menos te lo esperas, tienes un tumor en el cerebro o en los huesos. Voy a vivir como mucho cinco años», pensabas tú.

«Tengo que neutralizar toda esta información en su cerebro», determinaba yo mientras tanto.

La auxiliar comenzó a poner delante de nosotros una serie de papeles explicándonos las pruebas que tenían que hacerte: escáner, resonancia magnética, ecografía, análisis... Nos hablaba deprisa, era evidente que nuestro tiempo de consulta ya había terminado y debían dar paso a otros pacientes. Yo intentaba memorizarlo todo, pero entre su prisa y mi desagradable problema auditivo, tuvo que repetírmelo todo varias veces, algo molesta. No podía atender a sus explicaciones y al mismo tiempo estar pendiente de ti, que habías vuelto a sufrir una fuerte impresión sin que nadie fuese capaz de expresar unas mínimas palabras de consuelo. La cirujana se citaba mientras tanto con su hija, por el móvil. ¿Es el miedo el que provoca que este tipo de escenas parezcan surrealistas?

—Voy a morirme, ¿verdad? —preguntaste de nuevo, junto a la puerta.

Fue entonces cuando aquella mujer mostró cierta humanidad, aunque se trató de un simple comentario, realizado con una voz apenas audible y en un tono nada convincente:

—Vamos..., no se ponga usted en lo peor... Ánimo, que todo puede ir bien.

Era verdad, te habías puesto en lo peor, y a mí no me extrañaba nada. Te habían dado a entender mediante un lenguaje no verbal que el asunto era terrible, y sus últimas palabras, más que parecer sinceras, tenían un cariz de conmiseración ante un moribundo.

Mi oído latía de forma extraña, tenía media cabeza adormecida. Era evidente que no podía soportar lo que te estaban diciendo.

Qué triste es estar ante un médico que se limita a hacer diagnósticos y prescripciones. Me produce la misma sensación que ver un piano mudo tapado con una sábana cubierta de un polvo acumulado durante décadas.

—¿Qué tal todo?, ¿qué sabéis?

—Ayer la cirujana nos lo pintó muy feo.

—¿Cómo está él?

—Pasa por diferentes estados de ánimo: se va a llorar, o me cuenta cómo se siente; a veces muy tranquilo, muy consciente. Toda una prueba.

—¿Por qué fuisteis a Urgencias?

—Fuimos por recomendación del médico de cabecera, para acelerar los trámites.

—Ok. Cuando sepas algo, por favor dímelo.

—Te mantendré informada. Un beso.

He vivido, todos nuestros años de pareja, atenta a cada mirada y cada gesto que provenía de ti. Me he vuelto adicta a tu compañía y sé que yo no he podido darte casi nada. Sin embargo en esos momentos lo necesitas todo y yo ignoro si estoy preparada para dártelo. Tengo que contrarrestar tu miedo sin conocer la magnitud del mío. Mi mente se llena de pensamientos: «Si yo estuviera en tu lugar, ¿qué sentiría?». «Debo ser lo suficientemente empática como para saber con exactitud qué estás sintiendo tú, de otra manera sería imposible decirte lo que necesitas oír». «No quiero que mis palabras resulten vanas, quiero proporcionarte verdadero consuelo». Es, por supuesto, una actitud egoísta; tu desesperación me mata y una parte mezquina de mí tiene miedo a las posibles secuelas de tu enfermedad.

—¿Sabes algo ya?

—Sí, es muy grave. Faltan pruebas que le van a ir haciendo para decidir el tratamiento y el tipo de operación. Él está tratando de aceptar todo esto, asimilándolo poco a poco.

—Joder, pero, ¿cómo de grave?

—Ya saben que es un carcinoma, y muy avanzando. Ahora la gravedad depende de si encuentran metástasis en las futuras pruebas. Y por la cara que ponen parece que está claro que es así.

—¡Dios! ¡Ojalá no! ¿Cuándo lo sabrán? Él no sabe que me lo has contado, ¿verdad?

—Sí, sabe que te lo he contado, espera unos días a que lo tenga más asimilado y hablas con él. Hay pruebas que puede que tarden un mes o más.

—Yo puedo hablar con mi amigo Javier, que trabaja en el Hospital de la Princesa, para ver si nos puede adelantar alguna noticia.

—Estaría muy bien, porque lo peor de todo esto es la incertidumbre.

Tengo miedo a que no salgas de esta espiral de angustia. Tengo miedo a que te hundas en un desagradable mutismo, obviando mi presencia. Es tan honda tu pena que miras sin ver. Y me ocurre que cuando tú no me admiras, tampoco me admiro yo a mí misma. Los veinte años que llevamos juntos han sido una constante prueba de tu devoción por mí. Pero, ¿y tú? Te has quedado siempre en la sombra. Era tal mi necesidad de huir de mis emociones que te he estado utilizando como salvavidas sin tener en cuenta que tú también podías ahogarte.

Mi apasionada lectura de libros de física cuántica puede que sea de utilidad en estos momentos. Llevo tiempo pensando que las partículas subatómicas están enviándonos información vital para comprender el misterio de la vida, y ahora se me ocurre que podría hacer uso de estos datos para hacer frente a este cataclismo emocional en el que nos vemos inmersos.

—¿Cómo estáis, mamá?

—Bien, no te preocupes.

—Menos mal que estás de vacaciones.

—Sí, desde luego, así tenemos tiempo de charlar largo y tendido. Estoy todo el día tratando de introducir nuevas ideas en su cerebro.

—¿Y colabora en el asunto?

—Sí. Le comenté la posibilidad de hablar exhaustivamente del tema en lugar de tratar de aparentar una normalidad ficticia, y me dijo que sí, que lo prefería a lidiar con el contenido de su mente.

—¿Necesitáis algo?

—No, gracias, hijo. Solo necesitamos aceptación y paciencia.

—De eso no tengo para darte, jaja...

—Yo a tu edad carecía por completo de estas dos cualidades, ahora no me queda más remedio que entrenarme en ambas.

No sé si hay verdad en mí o si mis elevadas ideas y mi elocuencia son una simple puesta en escena para captar tu atención una vez más, pero tengo la firme determinación de borrar de tu mente ciertos pensamientos recurrentes.

Investigo en mis libros, escudriño en cada frase, trato de encontrar claves en las declaraciones de los físicos y hacer cualquier cosa que pueda servirnos de ayuda.

«Toda circunstancia forma parte de un todo inseparable».

Entonces, el tumor de tu intestino formaría parte de ese todo. No debería ser algo negativo, sería simplemente una parte de la totalidad (es fácil para mí pensar de esta manera, no soy yo la que tiene un «alien» creciendo en el cuerpo). ¿Podré contagiarte mi determinación de aceptar lo inaceptable? ¿Seremos capaces de encontrar la enseñanza que conlleva tu enfermedad?

«Nuestra experiencia diaria, incluso hasta los más mínimos detalles, parece estar tan estrechamente relacionada con las grandes formas del universo que es casi imposible contemplar ambos como separados».

¿Por qué vas a tener que curarte? Tal vez tu desaparición esté estrechamente ligada con la desaparición de una estrella o una supernova. Puede

que haya llegado la hora de despedirme de ti. Dicen que la muerte es, en realidad, un hecho intrascendente. Yo tendría que seguir aquí, sin ti. ¿Es un acto egoísta querer que sigas con vida? Seguro que sí.

«La física moderna en absoluto presenta la materia como pasiva e inerte, sino en un continuo movimiento, en una danza y una vibración cuyos patrones rítmicos están determinados por las estructuras moleculares, atómicas y nucleares. Esta es también la forma en que los místicos de todos los tiempos conciben el mundo material».

Una danza, una vibración... , ambas son manifestaciones de la vida. Podemos sumergirnos en dicha danza, ¿quién nos lo impediría? Sin embargo, me pregunto: ¿no será la desaparición del cuerpo otra forma de vibración?

—¿Te importa si grabo nuestras conversaciones y voy escribiendo las nuevas experiencias?

—No me preguntes, haz lo que consideres oportuno. Consuela bastante saber que vas a estar ahí. Ya sabes que yo soy de efectos retardados. Puede que aún no sea del todo consciente de lo que está pasando y supongo que tu ayuda va a ser imprescindible para poder soportar la que se me viene encima.

—Tengo un montón de ideas respecto a lo que podemos hacer. Ya sabes la convicción que tengo respecto a la capacidad que tenemos de incidir sobre los circuitos neuronales. Me paso la vida tratando de modificar la forma de pensar de todo el mundo. Y de eso voy a hablarte ahora. Aunque suene algo extraño, creo que cierta intención se puso en movimiento en el interior de tu cerebro para crear un grupo de nuevas células, que parecen querer destruirte. Es energía en movimiento, es la vitalidad de Dios al fin y al cabo, pero dirigida hacia la muerte. Suena algo macabro desde el punto de vista del ser humano, pero no lo debe ser desde la perspectiva del Creador.

Recuerdo una frase que leí hace tiempo en un libro. Decía: «Nada que realmente desees, te será negado». Si tu deseo era terminar con todo, se puso en marcha el proceso. Todo esto puede sonar muy simplista, pero tampoco tenemos muchas más opciones.

—Yo me dejo guiar. No tengo energía para tomar mis propias decisiones.

—Podemos enfocar tu enfermedad como si solo se tratara de una oportunidad para modificar ciertos aspectos de tu vida. Como dicen los científicos: «nuestra elección observacional posterior crea la historia previa del átomo. En otras palabras: creamos algo hacia atrás en el tiempo». Parece ser que algunos físicos no quieren hablar de estos temas, pero otros están tratando de transmitir esta fantástica información. Nosotros vamos a aplicarlo a tu caso. No tienes nada que perder, ¿no crees? Vamos a tratar de modificar tu intención inconsciente de abandonar la vida, pero vamos a hacerlo sin expectativas. La meta no sería que vivieras otros cuarenta años, sino más bien que conectaras de nuevo con el verdadero sentido de tu existencia, si es que es eso lo que realmente deseas...

—Yo creo que sí. Me gustaría tener otra oportunidad. Aún no he pintado mi obra maestra, que podría ser, por otra parte, mi obra póstuma, jaja... Después de irme, tú la vendes y me hago famoso.

—Puede que el humor negro esté bien en algunas ocasiones, pero ahora yo creo que no deberías bromear con el asunto de la muerte. Sería una contradicción si vamos a tratar de reforzar tu vitalidad, ¿no crees?

—Sí, tienes razón. Pero si bromeo, es para contrarrestar el pánico.

—Lo sé. Pero ahora tienes que concentrar toda tu energía en modificar tu forma de ver la vida. No tenemos tiempo que perder. Hay que actuar sobre el pólipo degenerado para anular su programación.

—Me parece bien.

—La idea general es que vas a transformarte por completo. Algo así como cambiar ciertos aspectos de tu personalidad.

—¿Eso es posible?

—Será interesante intentarlo.

«Clara, esta enfermedad no es psicológica, no te confundas. Puede que a Diego le afecte negativamente que tú le quites hierro al asunto, ten cuidado». Esa era la voz de mi conciencia en boca de mi amiga Rocío, científica racional y escéptica. Sus palabras me hicieron tambalear, pero decidí no ha-

cerle caso, no me lo podía permitir, tengo que ayudarte a superar esto. ¿Por qué no puede uno creer en las posibilidades infinitas? Tal vez su inflexibilidad me sirva de incentivo para afirmarme en mis ideas acerca del poder de la mente.

CAPÍTULO II

CATARSIS INTERIOR

—Dicen que el cuerpo tiene la milagrosa capacidad de curarse a sí mismo. Solo es cuestión de encontrar la manera de hacerlo. Diego, cuando escuchaste por primera vez la palabra «cáncer», ¿qué sensación tuviste?

—No puedo ponerle nombre. Sentí peligro, noté como si me hubiese bajado de repente la tensión y me quería desmayar, desaparecer. No me dio tiempo a pensar en nada, solo sentí pánico y que no había escapatoria. Luego empecé a marearme con toda esa información que la médico me soltó de golpe: que si su cuñado tenía un cáncer de pulmón y después de la quimioterapia estaba bien..., que si otra paciente llevaba varios años operada de cáncer de pecho y estaba estupenda... Todo eso no me ayudaba en absoluto. Ella estaba tratando de quitarle hierro al asunto, pero lo único que hacía era aumentar mi angustia. Yo, hasta dos días antes, creía estar completamente sano. Nunca había contemplado la idea de tener un cáncer, no era una palabra con la que estuviera familiarizado, todo estaba ocurriendo demasiado deprisa.

—No te estaba acompañando en absoluto. Recuerdo que hablaba sin parar de ese cuñado suyo y de las nuevas tecnologías, pero no era capaz de acercarse a ti, parecía un robot programado para dar información.

—Me estaba metiendo en un pozo del que salían monstruos por todos lados y no lo podía controlar. Y en Urgencias tuve la siguiente dosis de terror surrealista. Cuando «Los cinco del patíbulo» dijeron: «Esto está muy mal», con cara de alucinados, fue como si me preparasen para la guillotina. Empiezas a producir adrenalina y..., la guillotina no la ves, pero sabes que la están preparando en algún sitio. Es también como ver que va a producirse un alud y no poder moverte de donde estás. Solo sientes una inmensa ansiedad, se detiene el mundo.

Lo único que se me ocurrió fue ir al banco a poner todo a tu nombre. Uno quiere echar un salvavidas a los demás, como diciendo: «Aprovecha mi muerte para algo, ya que hemos pasado tanto tiempo juntos. Y le mandas lo que le corresponda a mi hija, que no se pierda nada, que no te pongan pegas a la hora de sacar el dinero del banco, que puedas pagar la caja de mi entierro». Sientes que debes ponerte en un estado de supervivencia de campaña, mientras te quede algún rastro de vida. ¡Y la cirujana!: «A usted no le han contado lo que es esto, ¿verdad?». Te quedas como idiota esperando la caída de la temida guillotina y tampoco preguntas, no quieres que digan nada más. Solo vas entendiendo, poco a poco, que si sales de esta, algo poco probable, por sus gestos, puede haber una metástasis de caballo, las células migrando enloquecidas, en cuanto te descuides.

Después, al irnos, una sola frase: «Usted se va a salvar». Salí de allí viéndome calvo, en una silla de ruedas, a mi madre llorando en la habitación de al lado, tomando ansiolíticos, y todo el mundo callado, disimulando a mi lado, con una sonrisa triste. ¡Todo un circo! Empiezas a ver el cortejo fúnebre desfilando antes de que te mueras. Hay más bien, me estoy dando cuenta ahora, un cortejo pre-fúnebre: no saben cómo despedirse ni cómo actuar. Hablan susurrando, nombran la palabra metástasis muy bajito, para que no lo escuches, y a ti te llega el silbido de las eses: «...asis...», y sabes de qué están hablando. Y después ya llega el cortejo fúnebre. Es más cómodo para todo el mundo, ya pueden hablar a gusto, ya se escuchan los «¡ay, ay...!» de la madre, la hermana... Y tú en realidad lo único que quieres es que suceda

algo extraordinario: que cinco pieles rojas te trasladen a Arizona y te hagan una ceremonia sagrada, al sol, en seco, cantando «eia, aia, eiii, eiii...», y que se vayan después para su choza como la cosa más normal del mundo, sin tanta parafernalia como hacemos aquí.

Te escucho con atención, pero estoy tan agotada por mi esfuerzo en mantener mi empatía hacia ti, que me parecería la mejor experiencia del mundo morirme yo también y que esos mismos indios me trasladasen a Arizona. Quiero beber varias copas de vino, reírme, perder el control, en cierta medida, y poder estar contenta sin que resulte algo poco adecuado. Este nuevo y extraño contexto en el que nos movemos, me está asfixiando.

—¿Tú no intuías que estaba pasando algo? ¿Tu cuerpo no te estaba enviando algún tipo de señal?

—No sé..., lo que sí que me pregunté cuando el médico nombró la palabra «degenerado», es que si era tan obvio, ¿por qué no me había dado cuenta antes? ¿Por qué le hice caso a todo el mundo, incluida la médico de cabecera, que me decía que no me preocupara por la diarrea, que debía ser estrés? Y es que era verdad que coincidía en los momentos en que, por ejemplo, iban a celebrarse las elecciones generales o comenzaba un mundial de fútbol... Yo, sabiendo que iba a haber mucho trabajo y mucha presión en el periódico, ya empezaba con la diarrea; pero también estaba el asunto del sangrado, que la médico y tú misma, achacabais a unas simples hemorroides.

De este modo, confiando en la opinión de los «expertos», siempre con más criterio que yo, por supuesto, lo iba dejando pasar, y así ha ocurrido los últimos meses, a pesar de que sentía que aquello era demasiado. Pero no me escuchaba a mí; siempre acabo pensando que los miedos que surgen en mi mente son paranoias mías, es como si yo necesitara un gestor, un juez que diga: «no hagas caso a los demás, no puede ser una fístula o una fisura, no tiene sentido, tú sabes los síntomas que tienes y parece que es algo más». Pero yo he tenido siempre carencia de confianza en mí mismo, nunca tomo las decisiones que debería tomar. Cuando me hicieron la colonoscopia, empezó el miedo, ¡Uf, con lo fácil que es quitar los pólipos durante esta

técnica! Lo había visto en internet. El hecho de que no lo hicieran fue muy mala señal, me dio muy mal rollo. Ya empecé a tener mal cuerpo, empecé a visualizar el pólipo, ya era algo que formaba parte de mí, y cada vez que tenía que ir al baño lo imaginaba impidiendo que salieran las heces... Ese asunto empezó a producirme una gran inquietud.

—Diego, a mí me gustaría enfocar el asunto desde el siguiente punto de vista, a ver qué te parece: Podemos imaginar que cierto tipo de energía negativa se ha ido acumulando en esa parte de tu intestino, de manera que se han ido almacenando en ese lugar ciertas sustancias tóxicas que no han podido eliminarse, que podrían corresponderse energéticamente con pensamientos negativos acerca de ti mismo o acerca de la vida. Sería interesante que nosotros intentáramos generar la energía positiva necesaria, si no para revertir el proceso, sí al menos para detener su avance. Vas a pasar a estar a cargo de tu propia transformación. Dicen que la cooperación es el secreto de cualquier empresa. Todas tus células deberán cooperar ahora para restablecer tu salud. ¿Te suena muy raro?

—Suena a dos pirados dejándose llevar por ideas descabelladas, pero tú estás muy acostumbrada a hacer este tipo de cosas, tengo que confiar en tu experiencia. Y aparte de esperar la fecha de la operación o las sesiones de quimioterapia, no se me ocurre que pueda tener muchas más opciones, o sea que estoy de acuerdo.

—Comenzó en ti, hace algún tiempo, un proceso de transformación, creando células tumorales y ahora vas a tener que emitir una nueva orden. Un proceso de reprogramación celular en el que vas a poder cooperar de forma consciente. Va a ser muy interesante, ya lo verás.

—Me alucina tu energía.

—¿Te incomoda verme tan emocionada?

—Al contrario, me anima mucho más de lo que imaginas.

Puede que esta energía desbordante en relación al proceso de tu enfermedad sea una más de las formas en que yo me hago protagonista de cualquier historia. No confío en absoluto en mi actitud altruista. Se me ocurren continuamente preguntas que puedo hacerte y tú hablas y hablas sin parar, sorprendido de

que te preste una atención que siempre presté a todo el mundo menos a ti. Debo estar tratando de obtener algo a cambio de mi aparente desinteresada entrega. Me consta que trato de atraerte sexualmente, llevas tiempo muy alejado de mí y quiero volver a sentirme deseada por ti. Si esta es la única motivación para ayudarte —que puede que así sea—, será bueno que descubra cuanto antes lo patética y egoísta que soy.

—Se me ha ocurrido algo. Creo que sería bueno que yo pasara las manos por tu vientre, algo así como un «acariciamiento», ¿te acuerdas de cómo te sirvió aquella vez que tenías un principio de gripe?

—Sí, fue increíble, al cabo de un rato de estar pasándome las manos por el cuerpo sentí como iban desapareciendo los síntomas.

—Podemos hacer lo mismo ahora, ¿qué te parece?

—Me parece muy bien. Lo que tengo no es un catarro, pero daño no puede hacerme.

—Claro, no vamos a quitarte el tumor, pero podemos reducirlo de tamaño, ja ja ja...

—¿Cuándo empezamos?

—Esta noche, si te parece bien.

—¿No estarás muy cansada a esa hora?

—No es un masaje que requiera esfuerzo, acariciar no me cansa en absoluto.

—Hola, ¿cómo va todo?

—Bien. Hacemos terapia intensiva.

—Me parece genial. Además tú eso lo haces muy bien. Lo que suele hacer la gente es deprimirse y no hablar del tema.

—Nosotros hablamos tanto que termino afónica por las noches.

—¡Qué envidia me da la capacidad que tenéis para comunicaros! Cómo me gustaría estar ahí con vosotros y escucharos..., no veas la falta que me hace.

—¿Qué tal el viaje con tu hija?

—Aburrido. Me he dado cuenta de que no sé querer. Ahora se ha ido unos días con su novio y me ha escrito un correo diciéndome que soy muy dura con ella, que a veces la miro como con desprecio. Y tiene razón, es verdad, es tan intensa, tan egoísta... Tú sabes lo condicionada que he estado yo siempre por ella, por su carácter, sus manipulaciones... Y me doy cuenta de que es mi propia debilidad, ella no tiene la culpa de que yo acabe cediendo siempre y después la deteste por no poder ser yo misma en su presencia. En fin, cuando pase lo de la operación, ya hablaremos. Creo que necesito aprender a tenerme en cuenta.

—Ahora que tienes reciente la experiencia de este último viaje, podrías describir todos los momentos en que has hecho lo que ella quería, en contra de tu voluntad. Es una manera de hacerte consciente de esa tendencia a no tenerte en cuenta, que has nombrado antes.

—Pues sí, voy a hacerlo. Ya te contaré. Mantenme informada de vuestros movimientos. Un beso a los dos.

—Anoche dormí muy poco. Me vinieron a la cabeza un montón de ideas. Una de las más importantes es que deberías hablarme de tu infancia. Creo que es imprescindible. ¿Estás dispuesto a participar en sesiones que casi podrían considerarse un interrogatorio?

—Sí, eso no me importa.

—Está claro que de niño te sentías muy inseguro, me lo has contado muchas veces. Es curioso que seas un artista y sin embargo tengas la autoestima tan baja. ¿A qué crees que se debe?

—Bueno, de pequeño solo escuchaba: «no hagas eso, lo vas a hacer mal». Según mi familia no hacía nunca nada bien, no tenían confianza en mí, eso lo he recreado toda mi vida... Y —lo que te voy a decir no lo hubiera dicho nunca en tu presencia, pero ahora me da igual, a punto de perder la vida, todo lo demás parecen nimiedades—, esa inseguridad no te da solidez como hombre, no tienes la sensación de poder pisar fuerte para mantener una familia con orgullo; no eres buen padre, ni buen profesional. Nunca lo había querido reconocer, pero así me he sentido siempre.

Resulta algo patético que escuches esto.

—Yo no lo veo así. Creo que todos tratamos de mantener el tipo ante los demás, y considero importante que en estos momentos seamos capaces tú y yo de ser sinceros.

Háblame de cómo eras de pequeño.

—Es evidente que yo era un niño muy despistado y podría decir que vulnerable; no sabía defenderme... Yo estaba encantado cuando vivía en mi mundo, estaba lleno de ideas. Recuerdo que quería hacer proyectos, estructuras recortando cartones, pero me costaba trabajo llevar a cabo mis propósitos. Me hubiera gustado tener un maestro que me asesorara: «¿Quieres hacerlo? Venga, yo te ayudo». Me pasaba siempre con los dibujos animados, yo tenía ideas, se me ocurrían bocetos y dibujos, pero sentía que me encontraba en una realidad demasiado pequeña, mientras mi mundo interior se ampliaba por momentos. Por ejemplo, quería pintar para expresarme, pero mi habitación tenía el suelo de madera, que no podía ensuciar, no podía mancharse.

Todo me resultaba incómodo, no podía hacer nada, hubiera necesitado ese gestor o tutor que me condujera y me ayudara a expresarme: «¡A ver! ¿Qué locura se te ha ocurrido? ¡Vamos, adelante!», y yo, de ese modo, poder toparme con mis propias fantasías. «¡Venga, tú puedes! ¡Atrévete!». Esa es la palabra clave: «ATRÉVETE». En mi vida cotidiana era lo contrario: «Quítate, no sabes hacerlo, cuidado que lo rompes». Sentía mucha soledad, nadie me acompañaba, era muy introvertido, tenía pocos amigos —más bien me acercaba yo a ellos que ellos a mí—. En mi mundo no me expresaba porque no estaba seguro y fuera sentía anulación todo el tiempo: «No sabes, no sabes, no sabes... No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas... Lo vas a romper, lo vas a romper, todo lo estropeas, todo lo estropeas».

Entonces, cuando tenía un proyecto me parecía que no lo iba a hacer bien, que no tenía sentido. Me sobreprotegían porque me consideraban incapaz. Fui creciendo con esas ideas. Pero llegué a Bellas artes y me hice consciente de mi talento. Allí me estimulaban mucho, me decían que era un genio, la gente me veía como un privilegiado, dotado de ciertos dones. Algunos dejaban la escuela porque decían que nunca llegarían a dibujar como

lo hacía yo, y eso que aún no habíamos empezado los estudios. Se iban, lo dejaban todo, me quedaba alucinado. Pero creo que fuera del mundo del arte, no me siento seguro en nada. Mi hermano, incluso ahora, exclama muchas veces: «¡Qué desastre eres, no ahorras, no te planificas!».

—La opinión de tu hermano no debería ser tan importante para ti, ¿no crees?

—No es solo él, soy yo el primero que reconoce que no sé como se deben hacer las cosas. Me he sentido muy solo, muy impotente a la hora de tener que gestionar tantos trabajos tan ajenos a mí, como ir al periódico y sentir que no estaba en mi sitio, que lo que yo iba a hacer no se iba a hacer como tenía que hacerse, ni a la velocidad adecuada. Pensaba: «Haz esto mientras llega alguien que lo pueda hacer mejor». Eso produce mucha infelicidad. No era mi tipo de trabajo, pero tenía que ganar dinero; me descomponía cuando tenía que hacer un gráfico sobre el Ibex o la prima de riesgo, temas sobre los que no tenía suficiente información, siempre trabajando con estrés.

—Diego, tú eres pintor y estás llevando a cabo un tipo de trabajo que no te corresponde, como cuando a un profesor de inglés le piden que dé clases de francés. Te sientes en peligro, como si pudieran descubrir en cualquier momento que eres una estafa, un error.

—Esa palabra, «error», encaja perfectamente con lo que he sentido siempre. Es tratar de que los demás no se den cuenta de que no eres capaz de hacer bien lo que te han encomendado, pero no tienes más remedio que estar allí y tratar de hacerlo, porque te pagan un sueldo que necesitas para vivir. Y por otra parte, aquello para lo que estás dotado no te permite sufragar tus gastos, no da dinero. Es una pesadilla.

—Vamos a hacer una cosa: el método de la silla caliente. Ponemos dos sillas enfrentadas. Te vas a ir sentando alternativamente en una o en otra. En una está sentado el pintor y en la otra, el asalariado del periódico. Vas a entablar un diálogo entre los dos, hasta que lleguéis a un acuerdo. Ambos personajes conviven en ti, pero caminan en direcciones opuestas.

—No sé si sabré hacerlo.

—Yo te voy diciendo cómo.

Es curioso verte ahí sentado, hablando con la silla vacía que tienes enfrente. Me emociona ver el interés que estás poniendo por descubrir lo que sea que hay en ti que te ha llevado a crear la enfermedad. Le hablas como artista a la silla donde se supone que está sentado el trabajador a sueldo:

—Quiero descubrir al pintor, quiero que me permitas darle una oportunidad al artista que llevo dentro. Cuando estás frente a un lienzo en blanco, es como apartar una gruesa tela negra y de repente descubrir la verdad. Tienes que guardar silencio y te va llegando algo que puede ser sublime. Como cuando escuchas a un maestro espiritual una frase determinada que te produce una sensación especial y quieres escucharle más tiempo para no perder esa conexión interna.

Frente al lienzo, miras los colores y el agua, ves cómo se fusionan, como si Dios estuviera haciendo la mezcla, tratando de decirte algo. Te acercas, ya lo tienes, podrías llorar, emocionado. Otras veces te desmoralizas, sabes que ese día no vas a lograr nada. Ese proceso te engancha, como una partida de póquer, quieres seguir ahí, miras un apunte, un cuadro, y descubres pequeños gestos que te susurran: «Por aquí, por aquí, vas bien, sabes que ahí hay un camino». Puede que el cuadro ya terminado no sea lo que esperabas, pero hay un pequeño trozo en el que hay verdad. Lo cortarías y lo separarías del resto.

No sé si en otros campos profesionales la gente, cuando hace algo bien hecho, siente esa sensación. Supongo que sí. Yo creo que uno de los puntos más importantes no es que consigas el cuadro perfecto, sino descubrir la conexión con algo que hay en ti, que ha sido capaz de crear eso. Como si hubiera un aprendizaje al margen de la obra en sí.

—¿Y qué le pedirías al trabajador del periódico? Díselo, le tienes enfrente.

—Le pediría que...

—Díselo en primera persona.

—Te pediría que te callaras, que no interrumpieras mi anhelo de encontrar lo que estoy buscando.

—Bien, ahora cambia de silla y permítele hablar, a este último.

Te levantas, te sientas en la silla de enfrente y con el entrecejo algo fruncido, vas diciendo: —Estás loco, no lo vas a conseguir, no puedes pensar que a tus años vas a poder vivir de la pintura, eres un insensato y un ingenuo.

Y de nuevo, en el otro lado, tú insistes en que necesitas demostrarte a ti mismo que se puede vivir de otra manera, más relajado, más feliz, haciendo lo que te gusta. Terminas pidiéndole al hombre racional que está sentado frente a ti, que colabore contigo, que por favor te ayude a intentarlo.

Estoy siendo testigo de la lucha que mantienen en tu interior esos dos personajes y de repente siento temor de que aquel que es gris y está lleno de miedo no te permita materializar tus sueños.

—Hola, Clara. El otro día te noté un poco seria, espero que todo te vaya bien. ¿Podemos quedar un día de estos?

—Tengo un asunto familiar importante. Por ahora no podemos vernos. Ya hablaremos.

—Ok, no te preocupes, no hay prisa. Que vaya todo bien. Si necesitas algo, por favor, llámame. Mucho ánimo. Ya me contarás.

—Gracias. Un beso.

Necesito estar fuera de la realidad. Parece como si fuera más fácil para mí creer en mis propias palabras cuando estamos libres de horarios, prisas y obligaciones.

—Diego, hasta hace unos días tú creías que tu vida era estupenda, ¿no es así?

—Sí, es increíble cómo puede uno engañarse a sí mismo. Iba al periódico como quién va a galeras y además sin saber remar.

—¡Qué buena metáfora! Y eso que yo te decía muchas veces que te veía muy estresado, mordiéndote las uñas, viendo la televisión de forma compulsiva...

—Sí, ahora soy consciente de ello. Iba deprisa a todos los sitios, tratando de hacer todo rápido, para pasar a la actividad siguiente. Y por la noche, al volver del trabajo, como bien sabes, veía la televisión hasta las tres o cuatro

de la mañana para relajarme del estrés que me producía el trabajo. En fin, una locura, ahora me doy cuenta.

—¿De qué crees que huías?

—Supongo que de mi sensación de incapacidad. ¡Es increíble! Uno puede ser genial en lo suyo, pero estar en el lugar equivocado te hace parecer incompetente. Y he llegado hasta este punto, a generar incluso de forma inconsciente una grave enfermedad, porque ya no podía aguantar más tensión. No veía salida.

—Me parece fantástico que te estés dando cuenta de ello.

Esta mañana te han hecho el escáner. Has tardado muy poco tiempo en regresar. Es una prueba determinante para comprobar la gravedad de tu estado. Mientras te hacían la prueba, he sentido una serenidad extraña. Por supuesto, he pensado que podría ser una señal. Uno quiere percibir señales en todo. Es una manera de disminuir la angustia.

—Clara, te paso el teléfono de Javier, este amigo mío que trabaja en el hospital, del que te hablé el otro día. Me ha dicho que le llames. Luego me cuentas.

—Ah, gracias. Luego te digo.

Llamo a ese hombre y me dice que va a ponerse en contacto con el radiólogo de tu hospital y se va a enterar del resultado del escáner.

—Buenos días, Clara. No dejo de tener a Diego todo el tiempo en la cabeza. Así voy, que no doy pie con bola y estoy como irritado, de muy mala hostia.

—Prefiero que estés en paz, porque si no, las plegarias no llegan hasta arriba, jajaja...

—Lo intentaré, besos a los dos. ¡Ah! Mañana a primera hora, Javier sabrá el resultado y te llamará.

—¡Ainsss! Otra noche de nervios e incertidumbre.

—Clara, ¿te ha llamado Javier? ¿Ya sabes algo?

—No. Venimos de unos análisis.

—Llámallo.

—Dijo que llamaba él.

—Espera, voy a llamarlo yo.

—Ya lo he llamado. Dice que aún no ha hablado con el radiólogo.

—Pues a esperar.

—Ya, pero qué jodida espera.

—Así es.

—Confiemos.

Tu amigo Alberto se ha quedado mudo cuando se lo he contado. A los pocos minutos ha puesto en marcha por internet una cadena de ayuda que a ti te ha producido mucha ira. No se le ha ocurrido otra cosa que escribir: «Diego, un hombre excepcional, tiene cáncer de colon, esta es su foto, vamos a unir nuestras fuerzas para colaborar en su curación». Lo has visto en el correo que has recibido y casi te da un ataque. He tenido que calmarte y utilizar tu rabia para continuar con nuestra terapia:

—¿Qué has sentido al leerlo?

—Una mala hostia increíble. Es imbécil. ¿Cómo va a gustarme que haga eso?

—Él lo ha hecho con su mejor intención.

—Ya me imagino, pero debía haberme consultado antes. Me parece una falta de respeto.

—Sí, es verdad, creo que ha sido una acción basada en su propio miedo, algo así como una reacción de niño. Pero lo que tú has sentido puede darte alguna pista acerca de tus propios miedos. Ya sabes que ahora cualquier pequeño detalle es importante.

—Me he sentido desnudo. Pero era una desnudez fea, desagradable, producía pena y rechazo.

—¿Has tenido esa sensación antes alguna vez?

—Supongo que sí. No me gusta mostrar mi cuerpo, tú lo sabes.

—Pero siempre te has manejado bien en las relaciones sexuales, te lo he oído decir muchas veces.

—Bueno, cuando tengo una relación sexual, es otra cosa, se supone que parto de que ya le gusto a la otra persona y entonces me siento confiado, seguro de mí mismo. Pero si no tengo clara la opinión que el otro tiene de mí, me surge la inseguridad. No sé si es bueno todo esto, mostrar ante ti lo más miserable de mí mismo.

—Dame la oportunidad de ser generosa de verdad, por una vez en la vida.

Hace un calor insoportable. Mantenemos las persianas de casa bajadas, creando un ambiente propicio para la introspección.

—Clara, no sé si te lo he contado alguna vez, pero a mi tío Juan le operaron de un adenocarcinoma de sigma con más de setenta. Su cáncer se curó y murió con noventa y ocho de un problema de riñón. Así es la vida. Cuéntaselo a Diego, que le hará bien oírlo.

—No lo sabía. Se lo comento ahora mismo. Muchas gracias.

Te propongo ir a un spa para animarnos un poco. Al entrar en la piscina de agua caliente, hay un señor mayor que parece tener más de ochenta años. Sonriendo, muy amable, nos dice: «Entrar aquí te hace resucitar, ¿verdad?». Tú asientes, le sonríes y en voz baja, volviéndote hacia mí, comentas: «Él resucitando, y yo camino hacia el patíbulo».